

Irelia Pérez Morales

PARA EL DÍA EN QUE DEBUTEN LOS MILAGROS

*Amor que llegas tarde,
tráeme al menos la paz
(Dulce M. Loynaz)*

Si alguien pudiera traerme de regreso
aquellas tardes de llenar crucigramas con las nubes,
la cola del cometa que reinventé cada noche en los insomnios,
o algún leve crujir de un ala de Pegaso
en mi ventana.

Si alguien pudiera devolverme la pareja de rinocerontes azules,
navegantes del amanecer en los vitrales;
la hebra solar
(apagada después en lobregueces ciudadinas)
y tanto abrazo huérfano
que a duras penas logré rescatar de los naufragios.

Si alguien pudiera guardar tras los cerrojos
al raptor de mis alegorías juveniles;
edificar un escenario con utopías realizables
y reservarme una butaca para el estreno
en que acaso debuten —algún día—
los milagros.

Si alguien pudiese levantar, con las esperas,
un nuevo Gólgota
y en lo más alto crucificar al Tiempo;
destejer las arrugas a todos los relojes,
para tender el puente
de una vez
entre tu duende recién amanecido
y mi fantasma...

DONDE VISTEN DE VERDE LAS GUITARRAS

*Con mi vientre a cuestras,
inventándote...*
(Carilda Oliver Labra)

Digo tu nombre, y llueven arlequines
en una alegoría de trompetas;
escapa el corazón de las gavetas
y se va de juglar por los jardines.

Digo tu paso, y cantan las cigarras,
derramando un sabor a surco abierto;
se posa en mi ventana ese concierto
donde visten de verde las guitarras.

Digo tu piel, y el sol huele a caricias;
dialogan con mis manos, son primicias
de un milagro que el viento nunca dijo.

Digo tu voz, y danzan cascabeles;
un abrazo me invento con sus mieles,
huérfana siempre de los tuyos, hijo.

